BIBLIOTECA DE RECURSOS ELECTRÓNICOS DE HUMANIDADES

para red de comunicaciones Internet

ÁREA: Historia Medieval.

Los contenidos incluidos en el presente artículo están sujetos a derechos de propiedad intelectual. Cualquier copia o reproducción en soportes papel, electrónico o cualquier otro serán perseguidos por las leyes vigentes.

Liceus, Servicios de Gestión y Comunicación S.L.
C/ Rafael de Riego, 8- Madrid 28045
Tel. 91 527 70 26
http://www.liceus.com e-mail: info@liceus.com

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

EUROPA: DE LOS UMBRALES A LA CRISIS (FINALES DEL SIGLO XIII – SIGLO XV)

ISBN - 978-84-9822-614-0

DAVID IGUAL LUIS
(Universidad de Castilla-La Mancha)
David.Igual@uclm.es

THESAURUS: Crisis. Baja Edad Media. Demografía. Peste negra. Poblamiento. Mundo rural. Mundo urbano. Sociedad. Economía. Conflictos sociales.

OTROS ARTÍCULOS RELACIONADOS CON EL TEMA EN LICEUS

ESQUEMA DEL ARTÍCULO:

1. Introducción.
2. Problemas e interpretaciones sobre la “crisis bajomedieval”.
3. Las alteraciones de la demografía y el poblamiento.
4. Cambios productivos, transformaciones sociales y tensiones en el mundo rural.
   4.1. La imagen de la producción agraria y de la demanda de consumo.
   4.2. Los sistemas rurales de trabajo y gestión.
   4.3. Las jerarquizaciones internas de la nobleza y del campesinado. Las manifestaciones de tensión social.
5. La realidad social y económica de las ciudades bajomedievales.
   5.1. La evolución de lo urbano y de sus variables demográfica y territorial.
   5.2. La diversificación social de las ciudades y los factores de conflictividad interna.
   5.3. De la producción manufacturera al comercio.
6. Bibliografía.
   6.1. Manuales y obras generales de historia medieval europea.
   6.2. Trabajos específicos sobre la Europa bajomedieval, con particular referencia a los aspectos sociales y económicos.

Ilustraciones.

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

1. Introducción.

Tras el largo período de expansión económica y estabilidad social que había conocido Europa occidental desde alrededor del año mil, el continente entró en los últimos decenios del siglo XIII en un momento de contradicciones. En la evolución de la Edad Media se abre así una etapa final, que la historiografía ha bautizado como "Baja Edad Media". Ésta se prolongó básicamente durante los dos siglos siguientes (el XIV y el XV), y concluyó con el advenimiento de los tiempos modernos tras cruzar el umbral de 1500.

La época bajomedieval ha sido definida muchas veces como una especie de transición entre un mundo que terminaba (el medieval) y otro que estaba gestándose (el moderno). Pero también se ha descrito habitualmente esta fase como aquella en la que se inició el paso del sistema feudal que había predominado hasta entonces en Europa, hacia un capitalismo que irá imponiéndose con el transcurrir de las generaciones. Sin embargo, al lado de tales perfiles, cabe reivindicar asimismo para la cronología que comienza a finales del XIII rasgos de originalidad y de iniciativa propias en la mayoría de aspectos de la sociedad.

Dichos rasgos han merecido una atención muy detallada por parte de los investigadores. De hecho, pocos períodos medievales aportan balances tan cargados de trabajos e interpretaciones como el de los siglos XIV y XV. Esto enriquece enormemente el conocimiento de lo que ocurrió entonces. Pero obstaculiza también cualquier intento de síntesis, mucho más cuando hay diversos puntos sometidos a discusión y cuando numerosos estudios, gracias entre otras cosas a la abundancia de fuentes de ambas centurias, adoptan perspectivas regionales y de corta duración que, en ocasiones, resultan difícilmente comparables entre sí de cara a extraer conclusiones de trascendencia más general.

De entrada, el freno al crecimiento económico y demográfico que se produjo desde finales del Doscientos, las catástrofes que se sucedieron en el Trescientos (pestes, hambres y guerras) y los consiguientes factores de desorden y descomposición de la sociedad han contribuido tradicionalmente a dibujar una Baja Edad Media en "crisis", en el sentido más negativo de esta noción. No obstante, desde hace tiempo, las bases principales de esta definición clásica han sido muy debatidas en torno a varias preguntas clave, interrelacionadas. Por ejemplo: ¿Qué contenido hay que otorgar ahora al término "crisis"? ¿Cuál fue el verdadero alcance cronológico, territorial y sectorial de dicha crisis? ¿Qué causas desencadenaron el proceso histórico verificado en los siglos XIV y XV? ¿Puede darse una caracterización global, más o menos unitaria, a toda la época que clausura el Medievo?

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

2. Problemas e interpretaciones sobre la "crisis bajomedieval".

Si se repasa la historiografía del período, se observará la frecuencia con que la palabra "crisis" encubre muchas cosas, lo que lleva a que se emplee de manera indiferenciada y hasta superficial. Pero tal situación puede provocar confusiones, porque, según el sentido con que se use el concepto, cambiarán sus connotaciones argumentales e interpretativas.

Una primera distinción debe conducir a separar la "crisis" entendida como hecho coyuntural en el tiempo, de la "crisis" que alude a fenómenos estructurales de larga duración. Además, de modo consciente o no, es normal que se haga una identificación mecánica entre "crisis" y "dificultades" o, en particular desde la óptica económica, "decadencia", cuando dicha decadencia define estrictamente lo que es un episodio de caída de la economía en términos absolutos. Por el contrario, en el léxico más puro de los economistas, toda crisis remite a un momento esencial a lo largo de un ciclo, en el que culmina un desarrollo previo y se invierten las directrices económicas al pasar éstas del crecimiento a la recesión. Para acabarlo de enredar, entre los historiadores, la crisis suele asimismo subrayarse como equivalente a cambio o mutación, dentro muchas veces de una visión positiva de la historia que valora las "épocas de crisis" como etapas de aceleración de algunas circunstancias y hasta de consolidación transformada y renovada de los sistemas sociales.

Lógicamente, el que se utilice una acepción u otra del vocablo debería depender de la realidad histórica que se pretende abarcar con él, y de la calificación que merece la misma. Al respecto, desde el punto de vista cronológico, parece claro que el significado coyuntural de la crisis sirve siempre para remarcar la importancia de los acontecimientos breves de alteración de los esquemas políticos, sociales o económicos. Pero, a una escala temporal mayor, los medievalistas se decantan más por dos posibilidades: hablar de una "crisis del Trescientos", en la que este siglo se erige como centro del cambio de variables históricas y de la acumulación de problemas (por oposición a un Cuatrocientos que concentró mejor los elementos de recuperación); o de una "crisis de la Baja Edad Media" que se prolongaría del XIV al XV, en la que hubo en algunos países un estancamiento económico duradero, pero en la que se concretaron abundantes transformaciones por todas partes. En uno u otro caso ("crisis del Trescientos" o "crisis de la Baja Edad Media"), ambas fórmulas llegan a combinarse con la de "crisis del feudalismo", una expresión que enlaza más con las mutaciones del momento que iban conduciendo hacia el capitalismo, y que tiene la virtud de fijarse en el sistema de estructuras interconectadas que definía a la Europa del período.

No obstante, incluso teniendo en cuenta todos estos matices, sigue siendo complicado presentar un Bajo Medievo de imagen simple o unilateral. En principio, obviamente, porque es necesario introducir también en el análisis la cuestión territorial. En este asunto, es entonces cada vez más cierto que se acentuó un proceso de regionalización histórica en

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

la vertiente occidental del continente, lo que multiplicó las salidas diferenciales de la crisis. Pero, si elevamos el ángulo de observación y nos colocamos a la altura de los estados europeos de la época, no parece que las conclusiones sean mucho más uniformes. En este nivel, es ya habitual distinguir los países donde el devenir de los siglos XIV y XV se resolvió en negativo (sobre todo, de nuevo, en lo económico), de aquellos otros donde las consecuencias fueron más benévolas. Éste último sería el caso de los reinos hispánicos y hasta de las zonas italianas. Como dice François Menant, ambos espacios pueden aducir particularidades de su historia económica para considerarse excepciones a la depresión que caracterizaba a otras áreas. Así, pretender aplicar en España y en Italia esta visión (la depresionista) no sería más que importar, indebidamente, un modelo interpretativo extranjero.

Junto a esta diversidad territorial, además, tampoco hay que perder de vista la diversidad sectorial. Y es que, moviéndonos siempre en el terreno de la sociedad y la economía, la evolución bajomedieval del campo y la ciudad (y de sus actividades asociadas) suele dibujarse dispar. Por ejemplo, frente a las cuantiosas dificultades del mundo rural, en tema urbano y comercial los partidarios de la crisis como decadencia no gozan hoy de mucha aceptación. Al respecto, ya hay quien afirma que el argumento de una recesión general del comercio internacional entre los siglos XIV y XV ha quedado superado, mientras se procura integrar el análisis de lo mercantil en un contexto que destaque los aspectos económicamente más dinámicos del período y los cambios positivos de la vida material. En estos ámbitos, si la crisis tiene algún contenido, sería en el sentido de transformación de larga duración, más allá de la existencia de variaciones coyunturales más o menos difusas o circunscritas.

En definitiva, como se habrá apreciado, los contrastes de todo tipo predominan en ocasiones por encima de las coincidencias de la historiografía. No es extraño, por tanto, que en ella se encuentren posturas tan divergentes entre sí como las defendidas por dos autores franceses: mientras que Guy Bois califica lo sucedido en la Europa bajomedieval como una “crisis sistémica” y una “gran depresión”, Jean-Pierre Cuvillier se refiere a la época como la edad de “las crisis (plural obligatorio)” y de “la expansión a pesar de la depresión”. Incluso, ante tal cúmulo de contradicciones, no falta ya quien prefiere evitar directamente casi cualquier uso de la palabra “crisis”. En esta maraña de planteamientos, quizá lo único claro es que, sea de la manera que sea (a la larga o a la corta, con dificultades o con cambios), algo relevante estaba ocurriendo en la geografía europea desde finales del siglo XIII. Y ese “algo” vino originado por motivos numerosos y complejos, endógenos y exógenos.

Si nos situamos en el período que va aproximadamente de 1270 a 1350, es posible vislumbrar algunos síntomas comunes del malestar que comenzaba a divisarse en la sociedad occidental. Entonces, las hambrunas parecen más frecuentes y extendidas, entre otras cosas a causa del hipotético empeoramiento de las condiciones climáticas. La falta de tierras de los campesinos, al frente de explotaciones a menudo pequeñas, y las numerosas

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

obligaciones en rentas e impuestos que debían afrontar, empeoraron sus niveles de vida. Las quiebras de algunas compañías mercantiles y bancarias italianas, sobre todo en el decenio de 1340, arruinaron a grupos importantes urbanos. El estallido de conflictos y guerras, más el desajuste en los precios, en los salarios y en el valor de las monedas, incrementaron seguramente la sensación de desconcierto. A la par, el lento aumento de la mortalidad se vio acelerado –y de qué modo– por la propagación de la célebre "peste negra" entre 1348-1350. Este último acontecimiento fue de tal gravedad y magnitud que tiende a absorber gran parte de la atención sobre los problemas del inicio de la Baja Edad Media.

Ahora bien: más allá del carácter acumulativo de estas circunstancias, y de la potencialidad explicativa que muchas veces se les ha otorgado, la interpretación de lo acaecido en las décadas a caballo de 1300 debe incorporar otros elementos si consideramos que la sociedad del momento funcionaba como un sistema, que la mayoría de sus recursos seguía procediendo del mundo rural, y que el feudalismo continuaba marcando los cimientos de su organización. En este sentido, todo apunta a que Europa llegó a finales del XIII a un estado de agotamiento y desequilibrio en cuanto a las posibilidades de reproducción de su economía y de su sociedad. Y ello se comprende bien a través de un análisis multicausal que introduzca mecanismos demográficos, ecológicos, técnicos y de relaciones sociales.

En las condiciones de desarrollo del feudalismo, los procesos de crecimiento sólo se podían efectuar de forma extensiva, al contarse con una escasa capacidad de evolución tecnológica. Así, el mantenimiento de la prosperidad, del auge poblacional y de las rentas señoriales únicamente era factible mediante la dilatación permanente de la superficie agraria cultivada. Esta expansión encontró su límite durante la segunda mitad del Doscientos en muchas zonas del Occidente europeo, donde el espacio se había llenado y donde la puesta en explotación de tierras pobres y marginales había provocado, en un ambiente de impulso demográfico continuado, una espiral de rendimiento y productividad decrecientes y de descenso en el producto disponible *per capita*. Esto redujo tanto el margen de subsistencia de las comunidades campesinas como el nivel de beneficios de los señores, quienes pretendieron parar la caída de rentas con mayores exigencias y presiones a los campesinos. Ante semejante abanico de obstáculos, es normal que las repercusiones colaterales de los mismos fueran múltiples: aumento de la tensión social, dificultades alimentarias, ralentización del consumo, freno al crecimiento artesanal y mercantil, etc. Con este mar de fondo, cualquier "accidente" coyuntural (una mala cosecha, una guerra, una epidemia) aportaba lógicamente elementos irrepetibles de enorme agravamiento de la situación.

La explicación que acaba de resumirse –que no es novedosa– combina factores de raíz malthusiana con otros extraídos de la historiografía marxista. En cualquier caso, el retrato ofrecido dibuja tal cuadro de bloqueo que éste no quedó restringido, ni mucho menos, a la esfera socioeconómica: desde la política hasta las mentalidades, ningún aspecto de la

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

vida quedó a salvo de los efectos de las conmociones ocurridas al inicio del Bajo Medievo. Otra cosa es que, a pesar de todo, la interpretación propuesta resulte esquemática, descuide alguna cuestión importante (por ejemplo, la influencia real de lo urbano en los fenómenos de la época), u obligue a plantearse en qué medida es plenamente aplicable cuando se desciende al examen de casos locales o regionales muy diversos. De lo que no cabe duda es de que los desequilibrios verificados entonces provocaron, de forma paulatina, movimientos de reconstrucción y transformación del sistema feudal que lo condujeron hacia su reordenación. Y esto fue así aunque, probablemente, las gentes de principios del Trescientos vivían la problemática del momento más con angustia y temor que con confianza en el futuro.

3. Las alteraciones de la demografía y el poblamiento.

Los hechos demográficos representaron, de todo el conjunto de acontecimientos del período, la manifestación más evidente del proceso que se está analizando aquí. Pero tal realidad conlleva un problema, porque no hay nada más alejado de la mentalidad medieval que la pasión de contar, ni tampoco nada más alejado de aquel tiempo que la disponibilidad de fuentes plenamente fiables desde esta perspectiva. Ante dichas circunstancias, la insatisfacción de las cifras y la incertidumbre de los métodos de cálculo lastran un ámbito de estudio que es básico. Por ello, la historia de la población europea durante los siglos XIV y XV es, en el estado actual de conocimientos, una historia esencialmente cualitativa. Pero esta situación no debe evitar la obligación de citar algunos valores numéricos de referencia.

Según se ha reflejado más arriba, muchas regiones europeas ofrecían hacia 1300 la imagen de un mundo lleno. Algunas habían entrado ya en el estancamiento o el retroceso poblacional. Otras, por el contrario, seguían mostrando una tendencia continuada al ascenso demográfico. Por ello, es frecuente encontrar autores que hablan de este momento en términos de saturación humana. Estimaciones ya clásicas han sugerido que todo el continente pudo albergar, a inicios del XIV, 73 millones de habitantes y, hacia 1340, 86 millones. Sin embargo, el reparto de este conglomerado humano era muy desigual. Así, siempre a principios o mediados del XIV, frente a áreas densamente ocupadas y con magnitudes por encima de los cincuenta o los cien habitantes por kilómetro cuadrado (la Toscana o la comarca de París, por ejemplo), otras zonas presentaban balances más pobres y con niveles escasos de presión demográfica, como sucedía en amplios territorios de la España cristiana, sobre todo en algunos que habían sido tomados recientemente al Islam.

En estos diagnósticos importa el peso de la población rural, aunque no hay que olvidar tampoco los efectos de la distribución demográfica urbana. De nuevo alrededor de 1300, poco más de cien ciudades superaban seguramente los 10.000 habitantes. Y de

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

ellas, algunas llegaron a reunir cantidades de mucho relieve: Venecia, Milán o Florencia se movieron entonces cerca de los 100.000 pobladores, mientras que París osciló hasta mediados de siglo entre 50 y 80.000, si bien ciertos cálculos –muy debatidos– le otorgan más de 200.000 habitantes en 1328. En cualquier caso, tanto en un espacio (el rural) como en el otro (el urbano), a los números pueden unirse ahora determinados fenómenos (la fragmentación de las parcelas agrarias, la ampliación de los recintos amurallados, el intento de controlar los procesos migratorios, etc.), para acabar de componer el cuadro de sobrepoblación que caracterizaría al menos a bastantes tierras europeas antes de 1350.

A partir de este instante, el desarrollo demográfico ha quedado diseñado por la historiografía de manera clara. En 1400, es probable que las gentes del continente sumaran el 60 % de la cifra evaluada hacia 1340: es decir, sólo 52 millones de personas. En las ciudades, además, el balance global del siglo XIV se saldó finalmente con un 48 % de núcleos que vieron disminuir de modo apreciable su población. En buena lógica, la duración y el alcance de la caída exhibieron fuertes variantes regionales, como también fue muy diferente el arranque de la recuperación. Dicho arranque se situó, según las zonas, a inicios del XV (Flandes, norte y centro de Italia, y áreas de Castilla), a mediados del mismo siglo (muchos lugares de Francia) o a finales (distintas comarcas de la propia Francia). Pero permitió que, en torno a 1500, la población europea quizá hubiera subido ya a los 70 millones. Pese a este avance respecto a 1400, lo cierto es que algunas regiones no volvieron a lograr el nivel demográfico de inicios del Trescientos hasta mucho más tarde, en plena Edad Moderna.

En definitiva, con todos los matices geográficos y cronológicos que correspondan, la secuencia que dibuja la población del continente entre finales del siglo XIII y finales del siglo XV es la que lleva del crecimiento al declive y, de ahí, a una relativa recuperación de efectivos. En la base de esta evolución habría que ver las condiciones estructurales de bloqueo del sistema feudal, que se han expuesto en el apartado anterior. Pero también habría que considerar las consecuencias inmediatas de los conocidos desastres (las hambres, las guerras y las pestes) que azotaron a la sociedad europea a lo largo del XIV.

Desde el comienzo de esta centuria se detectan coyunturas de malas cosechas cerealistas: en 1302 en algunas regiones mediterráneas, o entre 1315-1317 en los países del noroeste europeo. A partir de ambos episodios es posible trazar una serie muy reiterada de carestías, más o menos generales o localizadas, que cubren el resto del siglo e, incluso, todo el Cuatrocientos. Éstas se desplegaban en un marco de notable irregularidad cosechera, en el que aún cabe atestiguar la existencia de años de alimentos abundantes. Pero, a corto plazo, los resultados de una provisión insuficiente eran demoledores: elevación de los precios agrícolas, extensión del hambre y la mortandad, y debilitación de las reservas biológicas de la sociedad. Esto último era terrible si se combinaba con una enfermedad, independientemente de cuál fuera la desgracia (el hambre o la enfermedad) que precediera a la

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

otra. Sin embargo, quizá tan significativos como éstos fueron los efectos de las carestías a largo plazo. Y es que la permanencia de los problemas alimentarios generalizó una cultura del miedo al hambre que llevaba, a quien pudiera, a guardar previsoriamente la mayor cantidad posible de cereal. De hecho, no faltan ya los autores que atribuyen a estos fenómenos de acumulación, junto a la existencia ocasional de estrategias mercantiles de especulación y acaparamiento, una gran responsabilidad también en la proliferación de hambrunas.

En el caso de las guerras, éstas parecen volverse más constantes desde mediados del Trescientos y durante prácticamente un siglo. La más famosa fue la "guerra de los cien años" entre Francia e Inglaterra, aunque, en realidad, casi ningún territorio europeo se vio entonces libre de ellas. De entrada, como es obvio, las muertes causadas directamente por los conflictos fueron la consecuencia demográfica más evidente de los mismos. Pero sus secuelas tuvieron mayor proyección. La guerra provocaba también dificultades al desorganizar o interrumpir la circulación de mercancías, en especial de alimentos; al detraer mano de obra a la agricultura, por las incorporaciones forzadas de soldados a las tropas; y al empujar a los campesinos que quedaban cultivando la tierra a refugiarse tras las murallas de las ciudades y a trabajar deprisa una superficie reducida, la más cercana posible a las propias murallas. Además, si se admite que ahora la guerra-destrucción (de quema de campos y de saqueos y botines) estuvo muy presente, y que los enfrentamientos fueron más graves, largos y costosos que los de otros períodos, se entenderá que las conflagraciones de la época fueran capaces de agudizar las condiciones de escasez alimentaria y mortandad.

A pesar de la importancia de hambres y guerras, si hubo un acontecimiento que dejó huella en el imaginario social y que, sobre todo, señaló para los contemporáneos el final de los buenos tiempos del crecimiento, éste fue el de la "peste negra". La dolencia es llamada así por el color negruzco de los bubones y las manchas que cubrían la piel de los enfermos. Llegó a Europa desde Asia a finales de 1347, siguiendo las rutas marítimas del comercio, y se propagó hasta 1350 (e incluso 1352) por la práctica totalidad del continente. Su incidencia duraba unos seis meses en cada lugar afectado, y ocasionaba una altísima mortalidad: se ha dicho que un cuarto de la población europea pudo perecer en ese momento. Con todo, lo peor fue que la plaga permaneció endémica desde entonces dentro de Europa y que rebrotaba cada pocos años (por ejemplo, en 1360-1361, 1369-1371 o 1375), sin dar casi margen para la recuperación sanitaria y cuantitativa de la población. Los retornos epidémicos, innumerables, continuaron hasta 1500, si bien atacaron progresivamente de forma más restringida en el espacio y fueron motivando golpes humanos menos catastróficos.

Los efectos demográficos de las pestes fueron diferenciados según regiones, como siempre, y hasta según localidades dentro de una región. Pero también fueron diferenciados por grupos sociales y de edad. Aparte, las acometidas de la enfermedad tenían asimismo múltiples derivaciones económicas, sociales y políticas. Las epidemias contraían la econom-

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

ía, desestructuraban las relaciones establecidas en el campo y en la ciudad, e incrementaban los factores de tensión. Además, para intentar paliar sus repercusiones, era frecuente adoptar medidas como el abandono momentáneo de los núcleos acuciados por el mal (al menos, por parte de las clases poderosas); el aislamiento y el control del acceso de los infectados a las ciudades y las villas; la petición de privilegios políticos o fiscales que ayudaran a la recuperación de cada lugar; o el desarrollo de estrategias promatrimoniales y natalistas, como el adelanto en la edad de las parejas que se casaban. Por último, pero no con menor importancia, las pestes incidieron en el terreno ideológico al romper el equilibrio de las sensibilidades colectivas, acentuar el miedo e imponer la idea de la fragilidad de la vida. Sin duda, en un mundo de profunda cristianización como aquel, los movimientos de flagelantes surgidos a raíz de la "peste negra" o los pogromos recurrentes entonces contra los judíos hallarían parte de su explicación en este contexto moral, sacudido por la adversidad.

Si juntamos todos los aspectos tratados en este apartado, es evidente que los hechos observados aquí debieron afectar de algún modo a la organización del poblamiento europeo. En este sentido, pueden afirmarse dos cosas: que las fases bajomedievales de caída y ascenso demográfico encontraron su correspondencia, más o menos exacta, con etapas de destrucción y reconstrucción del poblamiento; y que uno de los puntos que ha llamado más la atención de la investigación al respecto es el gran número de ámbitos rurales despoblados que apareció por toda Europa entre los siglos XIV y XV, particularmente en Francia, Inglaterra y Alemania. El ritmo y la intensidad con los que se concretaron ambos procesos adoptaron variaciones debidas a los estadios de partida de cada región, a las consecuencias diferenciadas de los desastres demográficos, y a la diversidad de estructuras socioeconómicas agrarias presentes en el continente. Ahora bien: frente a las viejas teorías que atribuían a las mortalidades catastróficas la responsabilidad última de las alteraciones del poblamiento, hoy se prefiere interpretar dichas alteraciones en torno a dos elementos.

Primero, en torno a las modificaciones introducidas por los movimientos migratorios de distinto radio, que se hacían buscando las regiones ricas y los suelos más fértiles. Y es que la población que sobrevivió en la Baja Edad Media pudo, en una Europa menos llena, desplazarse y organizar el espacio en función de su calidad. Por ello, en muchos casos, se abandonaron las zonas marginales y los cultivos más pobres, mientras que se concentró el poblamiento en las áreas más productivas. Así, en general, se llevó a cabo de manera paulatina una reducción de la cantidad de asentamientos humanos y de las superficies explotadas, lo que supuso una auténtica reordenación de la sociedad y la economía de la época.

Precisamente, esta reordenación sería el segundo elemento señalado, ya que su alcance no se limitó al reajuste de los lugares habitados y cultivados. Simultáneamente, tanto señores como campesinos pudieron incrementar el tamaño de sus posesiones, al reagrupar y racionalizar las tierras que trabajaban según criterios de rentabilidad. Esto favoreció el au-

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

mento de la productividad, y la posibilidad de dedicar más espacios para pastos y ganadería o para productos no cerealistas que entraban en los canales comerciales, por ejemplo. En paralelo, los focos de población –que en 1500 eran menos que en 1300– crecían en dimensión y en funciones, mientras se reforzaba también el poder de atracción de las ciudades. De esta forma se llegó poco a poco a un nuevo equilibrio demográfico, ecológico y de poblamiento, que parecía conducir durante el siglo XV a la superación de las dificultades.

4. Cambios productivos, transformaciones sociales y tensiones en el mundo rural.

Como se aprecia, la mayoría de cuestiones abordadas hasta aquí surge de la percepción del mundo rural europeo. Es normal. A finales del Doscientos, todo lo relacionado con dicho mundo continuaba representando la base del edificio productivo y de buena parte de las fuentes sociales de ingreso y de poder. Además, si recapitulamos, lo acontecido en el ámbito agrario durante la Baja Edad Media muestra a la perfección la dualidad de nociones en que viene insistiendo desde hace tiempo la historiografía, según lo visto: por un lado, los factores en principio de dificultad (caídas de producción, reiteración de carestías, descenso demográfico, abandono de cultivos, y problemas de las rentas señoriales), que han hecho hablar con frecuencia de la “depresión agraria” de este período; por el otro, los factores de transformación ligados, de entrada, a los argumentos con que finalizó el punto anterior (reordenación del poblamiento o nuevos usos ganaderos y agrícolas de las explotaciones).

En realidad, sin embargo, estos últimos elementos de cambio tuvieron mayor magnitud y profundidad. Aunque no en exclusiva, los responsables de tales cambios fueron en gran medida los señores y dueños de la tierra. Éstos, ante la quiebra o disminución de sus rentas clásicas, no se rindieron y adoptaron medidas de defensa que, a la postre, introdujeron nuevas modalidades de gestión y aprovechamiento de las propiedades. Así surgieron oportunidades para regenerar el poder socioeconómico de los señores, pero también para favorecer y enriquecer a algún sector del campesinado. Las modificaciones no produjeron rupturas radicales con el sistema agrario establecido y fueron, otra vez, muy desiguales según regiones. No obstante, como proponen los profesores García de Cortázar y Sesma, estos fenómenos pueden agruparse globalmente alrededor de tres capítulos: el de la producción y la demanda, el de los sistemas de trabajo rural y el de las relaciones sociales.

4.1. La imagen de la producción agraria y de la demanda de consumo.

En este terreno, los acontecimientos bajomedievales suelen considerarse motivados por dos grandes dinámicas. La primera nace de los propios obstáculos que fue sufriendo la economía cerealista en forma de alteraciones de las cosechas, de problemas de productivi-

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

dad, y de vaivenes del número de trabajadores y de consumidores a causa de los ciclos demográficos. De manera espontánea o planificada, voluntaria o impuesta, estas circunstancias condujeron a reducir la superficie dedicada al trigo y otros cereales, lo que fue general en el Occidente europeo. Sin embargo, al respecto es posible trazar también una curva cronológica de descenso y relativa recuperación, distinta entre el norte y el sur del continente.

En el norte (Normandía, Inglaterra o Alemania), la mayor presencia porcentual del cultivo cerealista llevó a una caída acentuada y a una restauración complicada y tardía, inapreciable a veces hasta mediados del XV. En el sur (las áreas mediterráneas), la mayor diversificación de la agricultura y el menor peso de los cereales, que compartían espacio tradicionalmente con la vid, el olivo y otros productos, redujeron el daño del declive y, por el contrario, favorecieron un relanzamiento más temprano que es datable entre fines del XIV y principios del XV en comarcas como las castellanas. En cualquier caso, el liderato global de las especies cerealistas siguió siendo indiscutible, e incluso hubo regiones que, en la evolución del Bajo Medievo, llegaron a especializarse en esta producción gracias a las posibilidades del mercado: el este de Alemania, Sicilia o amplios sectores de la Andalucía atlántica.

La segunda dinámica a la que se ha hecho referencia tiene que ver con el juego de los precios y los salarios, no sólo los agrícolas. La prudencia debe imperar a la hora de estudiar esta variable y, en particular, de interpretar sus efectos: el mantenimiento del autoconsumo y del pago en especie de rentas y salarios provocaba, por ejemplo, que no siempre el conjunto de la población se viera afectada por las oscilaciones de los precios. A pesar de todo, los esquemas trazados por la investigación sobre el tema suelen ser bastante coincidentes: los precios de los cereales tendieron a descender a la larga, incluso contando con las alzas bruscas coyunturales que desencadenaban las carestías; los precios de los artículos calificables como “industriales” bajaron menos o se mantuvieron y hasta subieron; y los salarios de los trabajadores, rurales y urbanos, vivieron una etapa de marcado crecimiento.

Normalmente, los historiadores cifran la razón de tales movimientos en las orientaciones entonces de la oferta y la demanda, en relación sobre todo con el número de personas que ocupaban el continente y con el desarrollo de los canales mercantiles. Pero justo estos mismos factores podían generar situaciones concretas divergentes. Así sucedió en algunas ciudades que, como Florencia y otras urbes italianas, concentraban niveles elevados de artesanía y comercio. En estos casos, el ritmo creciente de los salarios, la confluencia de tráficos y la acumulación de vecinos ampliaron el consumo de trigo. Ello forzó la conservación prolongada de precios altos del cereal entre el XIV y el XV, los cuales, muchas veces, debían contenerse mediante un tratamiento político por parte del poder para garantizar el suministro y evitar que un exceso en el aumento del precio alterara la estabilidad social.

De todas maneras, más allá de realidades como éstas, los datos de que se dispone retratan unas tendencias comunes muy claras. Por poner sólo un ejemplo, en Inglaterra, los

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

valores del trigo pasaron del índice 100 entre 1320-1339 al índice 52 entre 1460-1479, aunque la caída fue más moderada en la segunda mitad del Trescientos (cuando los índices se movieron entre un mínimo de 72 y un máximo de 99, y todavía hubo recuperaciones coyunturales en los años sesenta y setenta) que en el Cuatrocientos. Aparte, siempre en Inglaterra, se detecta un incremento del precio del hierro de 1400 a 1460, mientras que, respecto a los salarios, los trabajadores urbanos y rurales pudieron ganar por día el doble de dinero (o casi) en el siglo XV que en el XIV. En este último caso, los efectos de la "peste negra" parecen ser por toda Europa los que inauguraron la cadena alcista de los jornales, que no se detuvo a pesar de los numerosos intentos de las autoridades por controlarlos.

En principio, las dos dinámicas que acaban de señalarse (las ligadas a los problemas de la agricultura cerealista y al balance entre precios y salarios) tuvieron las siguientes consecuencias: retroceso del poder adquisitivo de los señores y del grupo de propietarios y rentistas rurales; pérdida relativa del atractivo económico de la explotación cerealista; mejora del nivel de ingresos de los obreros y campesinos asalariados; y mayor capacidad de éstos para incorporar a su dieta alimentos que no fueran cereales y para comprar productos no agrícolas. Estas últimas variables han contribuido a difundir una imagen favorable de la salida de la crisis bajomedieval para muchos sectores campesinos, en el sentido de que quienes superaron las dificultades y las catástrofes vivieron mejor que antes. Pero dicha idea resulta demasiado idílica y simplista, porque no tiene en cuenta que los logros campesinos no fueron definitivos, que atravesaron también por coyunturas negativas y que, pese a todo, bastantes componentes de los estratos medios y pequeños del mundo agrícola pudieron caer en la pobreza y en la proletarización de sus condiciones laborales.

Sin embargo, en términos estructurales, las consecuencias indicadas sí provocaron cambios en las estrategias productivas y en las pautas de consumo, lo que lógicamente repercutió en el ámbito rural. En lo fundamental, y sin entrar en las cuantiosas variantes territoriales del hecho, tales cambios supusieron ahondar en la diversificación de la producción agropecuaria de aquel tiempo. Aun con el dominio permanente de la cultura del cereal, base continuada de la alimentación, en Europa se dejó más margen para introducir (o consolidar) un policultivo que, incluso, se especializó localmente y manifestó intensificaciones particulares, más habituales en torno a las ciudades y a las cuencas fluviales.

En este apartado entraría el auge de la viticultura, con el aumento de las áreas de explotación y con la mejora de la calidad del vino, por las exigencias de la demanda urbana y del mercado exterior. También se integraría aquí la expansión de otras cosechas agrícolas que, en ocasiones, se incluían en los canales del gran comercio y suponían un consumo alimentario suntuario: por ejemplo, en el Mediterráneo, artículos hortofrutícolas, frutos secos, azúcar y arroz; o, más al norte, la cebada y el lúpulo para fabricar cerveza. Finalmente, allí donde el medio ecológico lo permitía, no puede olvidarse la proliferación paralela de plantas

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

textiles y tintóreas (lino, cáñamo, pastel, rubia, morera para seda, etc.), utilizables en las florecientes industrias textiles de ciclo urbano o, como se verá, también rural.

Pero, siempre en el contexto de la diversificación de la producción agropecuaria, el desarrollo de la ganadería merece una atención especial. El éxito bajomedieval de esta actividad se justifica por diversos motivos: la necesidad de materias primas para las manufacturas textil y del cuero, la mayor demanda alimenticia de productos animales, la posibilidad que ofrecía este sector de reaprovechar como pastizales las tierras arables abandonadas, y el menor empleo que hacía de mano de obra frente a otros ámbitos de la economía rural. Esto era muy ventajoso en un período como el de los siglos XIV y XV en que la población bajaba y los salarios subían. En estas condiciones, es normal que la ganadería estuviera ahora más presente en el universo agrícola europeo de lo que era tradicional y que, incluso, regiones completas se dedicaran preferentemente a ella. Así ocurrió en Inglaterra, en la península Ibérica, en el sur de Italia, en los Países Bajos y en algunas zonas del norte y del centro del continente, ya fuera en los sectores ovino y bovino, ya fuera con las modalidades de ganadería estante o trashumante, ésta última más común en los países mediterráneos.

4.2. Los sistemas rurales de trabajo y gestión.

Las novedades en el uso de los campos han sido calificadas como “prácticas compensatorias”, que reorientaban la economía agraria y permitían avanzar en la reconstrucción del sistema tras las adversidades. En esa misma línea iría otro fenómeno: la difusión de actividades artesanales en el mundo rural, planteadas no ya para satisfacer las obligaciones con los señores o para el equipamiento doméstico, sino como fuente de ingresos complementaria de las unidades campesinas o, a veces (las menos), como su dedicación esencial.

Este tipo de trabajo parece proliferar desde finales del siglo XIII, y solía tener lugar bajo la dirección de capitales urbanos, mayoritariamente de origen mercantil. Los sectores implicados eran muchos (la minería, la metalurgia, el cuero, la madera, el vidrio, la cerámica o el papel, entre otros), y podían manifestar concentraciones comarcales específicas. No obstante, por volumen cuantitativo e incidencia cualitativa, las circunstancias más relevantes al respecto a escala europea se dieron en el textil lanero. En países como Inglaterra, Aragón o Castilla fue frecuente que parte del proceso productivo y comercial de esta industria se trasladara al espacio agrario, siguiendo fórmulas bien conocidas: el empresario de la ciudad suministraba materias primas al artesano rural y supervisaba las fases de elaboración del tejido, que acababa revirtiendo en sus manos para ser distribuido, mientras que el trabajador recibía una cantidad por la labor realizada, valorada habitualmente a tanto la pieza.

A los inversores urbanos, la expansión rural de la manufactura les permitió acceder a

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

una mano de obra más barata y dócil que la de las ciudades. Pero para los campesinos afectados, esta realidad, por mucho que les aportara beneficios económicos adicionales, tenía un efecto negativo: quedar sometidos a flujos decisionales ajenos por completo al ámbito rural y que, incluso, en ocasiones no dependían tanto de la ciudad más cercana como de los grandes centros del comercio internacional. Así, la penetración de la industria en los campos comenzó a convertirse en un elemento de cambio y perturbación de la sociedad agraria, cuyas consecuencias finales sólo se alcanzaron en plena época moderna.

Se ha dicho que los campesinos que se integraron en el trabajo artesanal eran gente con poca o ninguna tierra, necesitada de recursos alternativos. En este sentido, es cierto que la pequeña y la mediana propiedad rural no habían desaparecido, y que se mantenían por todas partes en régimen alodial o con dependencias feudales muy variadas. También es verdad que, durante la Baja Edad Media, fue surgiendo un campesinado acomodado que supo aumentar sus tenencias y, en su caso, disminuir las cargas que las gravaban. Pero es innegable que, en medio de la sucesión de dificultades y restauraciones de los siglos XIV y XV, bastantes campesinos modestos se vieron sobrepasados por los acontecimientos y abandonaron o perdieron sus parcelas total o parcialmente, mediante mecanismos muy variados: compras, usurpaciones, cesiones, concesiones, matrimonios y herencias familiares.

Este trasvase de tierras, junto a la ocasional confiscación de los espacios colectivos de las comunidades rurales (un proceso usual en Italia y en Castilla), facilitaron una dinámica contraria de acumulación patrimonial. De tal dinámica se beneficiaron otros campesinos o, mejor, los linajes nobiliarios ya existentes y las burguesías urbanas emergentes. Éstas empezaron a hallar en el mundo rural oportunidades para invertir su capital, y para controlar la producción agropecuaria con el fin de proyectarla hacia el mercado. Sea como fuere, así nacieron o se afianzaron grandes fortunas territoriales que, en el caso de algunos señores, contribuyeron a renovar sus estrategias de dominación social, económica y jurídica. De hecho, en el transcurso de las vicisitudes de la época, también hubo nobles que se arruinaron. Mientras, otros lograron recuperarse de los problemas más o menos pronto gracias al incremento patrimonial que se ha citado, y aunque fuera a costa asimismo de introducir modificaciones en los sistemas de gestión de las propiedades y de percepción de ingresos.

En este último tema, las novedades más relevantes fueron las de reducir o eliminar los modos señoriales de explotación directa tradicional, extender las figuras de trabajo asalariado a través de jornaleros y, sobre todo, generalizar la fórmula del arrendamiento que estipulaba pagos en metálico o la entrega de porcentajes de las cosechas. Tal arrendamiento se hacía por plazos temporales, lo que consentía adaptar mejor las rentas a la oscilación de la coyuntura. Entre los tipos de arriendo que proliferaron, quizá el más famoso sea el de la aparcería. Éste, bajo diversas apelaciones (*mezzadria* en Italia, *métayage* en Francia o "quintería" en Castilla, por ejemplo), fue muy abundante y duradero en la Europa mediterrá-

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

nea, aunque también está atestiguado de manera más efímera en las regiones germanas y en el norte. La aparcería asociaba por un período determinado a un arrendador que aportaba la tierra y una porción o la totalidad del capital para la explotación, con un arrendatario que asumía el trabajo sobre la parcela. Después, la producción se repartía entre las partes, con frecuencia al 50 % o en proporciones más favorables al propietario o al aparcero.

La difusión de instrumentos como éstos, en las tierras de los nobles y también en las de los inversores urbanos, se justifica por razones demográficas; por la existencia de mano de obra empobrecida y dispuesta a entrar en dichas fórmulas de trabajo; y por la voluntad de los propietarios de flexibilizar los contratos agrarios ante el cúmulo de variaciones de la economía y, en general, de mejorar la administración y el aprovechamiento de sus posesiones. Además, las nuevas modalidades se vincularon estrechamente con las exigencias de las ciudades y con la posibilidad de cosechar productos demandados en los mercados, como se ve en especial en el norte de Italia. Uniendo todos estos elementos, no es extraño que la expansión de los sistemas laborales indicados se haya interpretado como la adopción de limitadas formas capitalistas o precapitalistas de entender la gestión agraria.

Así, con la apertura hacia situaciones novedosas, los señores y los grandes terratenientes consiguieron reproducir sus condiciones de dominio rural en medio de la crisis del Bajo Medievo. De todas maneras, en muchos lugares, los señores apostaron también por obtener otras formas de poder, a veces desvinculadas de la propiedad de la tierra. Por ejemplo, acceder a cargos y servicios integrados en la nueva fiscalidad monárquica y en el creciente aparato político y burocrático de los estados, y tomar legal o ilegalmente rentas y jurisdicciones pertenecientes a las coronas. Ambos fenómenos no siempre se hicieron por medios pacíficos, sino que en ocasiones requirieron de guerras y violencias de todo tipo.

En definitiva, las respuestas señoriales a los retos de los siglos XIV y XV fueron múltiples, y de signo variable. Incluso, como máxima demostración de esto último, no faltaron las regiones europeas (como en Inglaterra, Francia, Navarra o Aragón) donde los grupos aristocráticos trataron de hacer frente a la problemática de aquel tiempo reviviendo los procedimientos de la servidumbre y manteniendo restricciones jurídicas a la libertad campesina. Sin embargo, esto provocó fuertes tensiones sociales y acostumbró a resultar ineficaz, salvo donde ocurrió en la Europa centro-oriental (Alemania del este o Polonia) en un contexto de retroceso del campesinado libre y de nueva afirmación de las fortunas nobiliarias.

4.3. Las jerarquizaciones internas de la nobleza y del campesinado. Las manifestaciones de tensión social.

Algunos de los argumentos vistos hasta aquí apuntan que, a lo largo de la Baja Edad Media, se abrió y amplió el abanico de situaciones económicas tanto dentro del campesina-

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

do como entre la nobleza, los dos grandes puntales entonces de la sociedad rural.

Respecto a los campesinos, y pese a la pervivencia o el recrudecimiento localizados de la servidumbre, ésta tendió a desaparecer y a reducir en general su implantación en el continente. Por ello, la condición jurídica de los tenentes agrarios dejó de basar la diferenciación interna de este grupo, en beneficio de criterios meramente económicos. Así, frente a la minoría de personas hacendadas que disponía de tierras en número más que suficiente, y que llegó a prevalecer en las instituciones de organización local, existía una mayoría de gente menuda, con una subsistencia poco o nada garantizada, y sometida muchas veces al trabajo asalariado, a la búsqueda de ingresos complementarios o, incluso, al desarraigo.

A finales del siglo XV, la convergencia en muchas partes de los factores de recuperación y reconstrucción agrarias y, sobre todo, la remisión de la escasez de hombres cambiaron el sentido de algunas variables económicas que habían sido ventajosas para los campesinos. En consecuencia, la cantidad de pequeños trabajadores rurales con dificultades aumentó, y de esta manera empeoró la realidad de la categoría inferior de este mundo. No obstante, la fuerza adquirida simultáneamente por las comunidades rurales, como expresión de un grupo campesino unido y dotado de formas propias de autogobierno y de usos administrativos y económicos, proporcionó también instrumentos internos de solidaridad que debieron ser capaces de atenuar de algún modo las condiciones de penuria y marginalidad.

Dentro de la nobleza también surgieron diferencias en torno a la capacidad económica de sus miembros. Normalmente, la pequeña nobleza sufrió mucho la caída de rentas. El deterioro de su estado pudo llegar a ser de tal calibre que derivó en la comisión de abusos y violencias diversas y, como estrategia de más proyección para algunos sectores, en la fusión familiar y/o de intereses con las burguesías urbanas y con los grandes labradores de las villas. Por encima de ella, la alta nobleza defendió mejor su patrimonio y sus recursos a través de los mecanismos comentados con más o menos detalle en las páginas previas: reorientación de producciones, cambios en los sistemas de gestión y las fuentes de renta, y acceso al servicio a la monarquía y a nuevos derechos jurisdiccionales. Por ello, en bastantes países europeos, los siglos XIV y XV fueron una época de auge de la gran aristocracia, en un contexto –eso sí– en el que ni el predominio social ni el estatus privilegiado de la nobleza como grupo global dominante sufrieron alteraciones sustanciales.

En cualquier caso, el camino de llegada a las jerarquizaciones campesinas y nobiliarias que se han anotado, así como su evolución bajomedieval, no transcurrieron sin tensiones. Heurística e historiográficamente, los conflictos sociales son más visibles ahora que en otras etapas anteriores de la Edad Media. Desde luego, han sido objeto de tal atención por la investigación que, para algunos autores y corrientes, se han convertido en una característica definitoria esencial de la (o las) crisis de 1300-1500. Sin embargo, querer contraponer este “tiempo de revueltas” con un hipotético “tiempo de paz social” previo implica, quizá, una

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

concepción errónea, porque también hasta el Trescientos hubo episodios de contestación. Si acaso, uno de los principales matices diferenciadores de las luchas de finales del Medievo con respecto a otras fue su mayor alcance territorial y humano. Además, no cabe duda de que los conflictos de este período son buenas manifestaciones de las dificultades y los cambios que estaban sucediendo, por lo que merecen una mención particularizada.

Las disputas sociales recorrieron entonces las ciudades y los campos de toda Europa, arrastrando desde los grupos de élite hasta masas de origen diverso, pero muy afectadas por los hechos del momento. En el ámbito rural, los motivos tal vez centrales de las protestas radicaban, por un lado, en la resistencia estructural de los campesinos al sistema de dominio impuesto por los señores desde tiempo atrás, y, por el otro, en la respuesta campesina a la imposición ahora de nuevas obligaciones fiscales y jurisdiccionales por los nobles o los estados en vías de consolidación. Pero, más allá de esto, los estudios han avanzado ya lo suficiente como para evitar, en la medida de lo posible, la tentación de simplificar las causas y la tipología de los conflictos. Y es que, por mucho que se quiera sintetizar, cada movimiento social expresaba condiciones y lógicas intrínsecas que, en muchas oportunidades, invisibilizan los hilos de una presunta trama común a todos o parte de ellos.

De entrada, habría que comenzar distinguiendo lo que son tensiones soterradas, regulares y pacíficas, con frecuencia silenciosas en las fuentes, de las pugnas abiertas y reflejadas en estallidos violentos. En ocasiones, las primeras precedían durante muchos años a las segundas, que solían desencadenarse tras la intervención de bruscas coyunturas negativas. Aparte, al menos en su formulación externa, las alteraciones del orden se justificaban por razones políticas, por la exasperación popular ante las calamidades y la miseria, o hasta por la intención de los sectores campesinos acomodados de defender sus privilegios y la promoción socioeconómica conseguida. Y ello, si es que no confluían todas las causas en la misma revuelta. Incluso, no faltaron los tumultos asociados a programas ideológicos más o menos claros (de tintes milenaristas, igualitarios, nacionalistas o anticlericales, por ejemplo), y a líderes individuales de variada extracción que guiaban a las multitudes rurales por la senda de una lucha social que no fuera meramente destructiva.

A pesar de todo, salvo excepciones, no parece que los levantamientos de la época tuvieran carácter revolucionario o de sustitución del sistema vigente por uno alternativo. Más bien revelaban una nueva toma de conciencia de las diferencias sociales y, en su caso, la pretensión de los grupos agrarios excluidos en todo o en parte de cualquier tipo de poder de lograr o asegurar libertades y franquicias y, también, de hacerse valer en un mundo en transformación que difícilmente les consideraba. Estos objetivos quedaron limitados por el triunfo de los gobiernos y de los estamentos privilegiados con que se saldaron casi siempre los enfrentamientos. Pero, como mínimo, el propio desarrollo de los conflictos puso de manifiesto la realidad de unas poblaciones campesinas que no querían quedar al margen de la

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

sociedad que estaba construyéndose durante la Baja Edad Media.

Teniendo en cuenta todos los condicionantes señalados, la nómina de tensiones sociales recogida por la historiografía es amplia. Abarca desde las innumerables muestras de resistencias cotidianas antiseñoriales o las situaciones locales de bandidismo rural (como la de los "golfines" de Toledo entre los siglos XIII y XIV), hasta los movimientos de larga duración en que se verificaron fases pacíficas y violentas (como pasó entre el XIV y el XV con los campesinos de *remença* catalanes y con los *forans* mallorquines). No obstante, también destacan algunas grandes sublevaciones campesinas que se desataron al calor de coyunturas especiales, y que llegaron a conectar con los ámbitos urbanos. Así, aparte de la *guerra irmandiña* gallega de 1467-1469, sobresalen la revuelta del Flandes marítimo entre 1323-1328, la de la *jacquerie* en las tierras próximas a París en 1358 (que fue extraordinariamente brutal, tanto por la destrucción provocada por los rebeldes como por la represión de los poderes), y la inglesa de 1381 (que unió a su violencia un componente ideológico y milenarista muy acentuado, facilitado por las predicaciones de miembros del bajo clero).

5. La realidad social y económica de las ciudades bajomedievales.

Frente a las abundantes ambivalencias que dibuja el mundo rural de la Europa bajomedieval, la ciudad del período suele presentarse casi unívocamente como el escenario de grandes éxitos sociales y económicos. Y ello, dentro de un contexto en el que se reforzó el proceso de urbanización del continente y, sobre todo, en el que la ciudad incrementó por casi todas partes su función como centro organizador del territorio y la economía. Aunque el predominio cuantitativo de la población y los recursos agrarios sigue siendo evidente ahora, los fenómenos urbanos exhibieron en paralelo una gran potencialidad de incidencia cualitativa sobre el sistema social. De hecho, numerosas ciudades fueron capaces, aunque sólo fuera a escala local o regional, de dar el tono al cuadro general de la época y hasta de ejercer una especie de función de arrastre sobre el conjunto de variables de la sociedad.

Dichas circunstancias, sin embargo, no evitan tener que afrontar el problema de qué era una ciudad en los siglos finales del Medievo. Desde hace décadas, los historiadores vienen demostrando lo inadecuado de responder a esta pregunta en términos unilaterales. Por el contrario, más adecuado a la realidad es apreciar la ciudad haciendo intervenir múltiples factores. Entre otros, el nivel relativamente alto de concentración demográfica, la concreción de una sociotopografía específica, la existencia de modos de gobierno y autonomía municipales, la condición jurídica libre de sus vecinos, la diversificación de actividades económicas (con el papel destacado de la artesanía y el comercio), y la asunción de tareas jurisdiccionales y de servicios en relación con el entorno territorial. Esto último introduce criterios funcionales de definición, que deben vincularse a la jerarquía de núcleos habitados de cada área

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

y, en especial, a la articulación de los lazos entre la propia ciudad y el campo circundante.

En tal sentido, los siglos XIV y XV observaron nuevas y crecientes formas de interacción entre la ciudad y el campo. Justo gracias a esas formas, es lícito cuestionarse hasta qué punto puede valer entonces la distinción entre lo urbano y lo rural, sobre todo cuando se esboza de manera muy estricta. Es cierto que determinados privilegios institucionales y jurídicos diferenciaban muchas veces lo que era una ciudad de lo que no. Pero, en los aspectos socioeconómico y morfológico, las ciudades nunca eran islas separadas por completo del medio agropecuario. Además, si eliminamos los extremos de ambos mundos (es decir, lo que eran a escala medieval las grandes metrópolis urbanas y las pequeñas aldeas campesinas), las fronteras entre los dos universos acostumbraron siempre a resultar vagas.

Con independencia de esto, como resume Miguel Ángel Ladero, se ha calculado que más del 20 % de la población occidental estaría urbanizada en el siglo XV. Pero las disparidades regionales eran fuertes. El 30 % se superaría en los dos grandes ejes europeos de urbanización, que eran la Italia centro-septentrional y toda la zona entre los ríos Sena y Rin, particularmente Flandes. En el polo opuesto, los espacios centrales del continente y algunas comarcas del interior de Francia llegarían sólo a una media alrededor del 4 %, mientras Inglaterra estuvo en torno al 9 %. Aparte, en la España cristiana mediterránea y meridional se consiguieron cotas urbanizadoras de relativa importancia, como consecuencia de la herencia musulmana y del modo como se llevó a cabo la colonización cristiana desde el siglo XIII.

5.1. La evolución de lo urbano y de sus variables demográfica y territorial.

Las tasas que acaban de ofrecerse se alcanzaron tras una evolución, en la que las ciudades debieron enfrentarse también a los problemas del Bajo Medievo. Algunos de ellos tuvieron una proyección específicamente urbana. Por ejemplo, entre 1341-1346 se produjo la quiebra de grandes compañías mercantiles y bancarias florentinas, que tenían negocios dispersos en muchos países. La insolvencia de algunos de sus clientes más poderosos provocó la caída de las empresas, que arrastró a pequeños artesanos e inversores urbanos de la Toscana, fundamentalmente. El momento de las bancarrotas, en vísperas de la “peste negra” y cuando hacía poco que había comenzado la “guerra de los cien años”, no hace más que confirmar la atmósfera depresiva que debió vivir Europa a mediados del XIV.

Sea como fuere, quizá es más significativo comprobar los efectos en las ciudades de las dificultades generales de la etapa. De entrada, como se ha dejado entrever en capítulos anteriores, la influencia de los ciclos económicos y del comportamiento de los precios y los salarios no era exactamente igual entre los sectores urbanos (artesanales y comerciales) que entre los rurales. Eso sí: las carestías frumentarias incidían negativamente a corto plazo en el consumo y la circulación de los productos no agrarios, puesto que el alza brusca y

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

coyuntural de los precios rurales reducía (o impedía) la posibilidad de adquirir otro tipo de artículos, lo que perjudicaba en gran medida a los operadores urbanos. Por otro lado, las epidemias se contagiaban con más facilidad en las ciudades y, ante la enfermedad, la huida temporal de sus gentes paralizaba la economía y dejaba los enclaves peor protegidos y organizados. También las perturbaciones de las guerras y las revueltas sociales eran grandes, al interrumpir los abastecimientos urbanos y concentrar espacialmente la destrucción y el terror. Por descontado, los porcentajes de mortalidad generados por todos estos hechos no eran necesariamente menores en las ciudades que en el campo.

No obstante, en las propias urbes bajomedievales, las secuelas desgraciadas de las adversidades podían compensarse con un efecto contrario: el de atraer población del entorno. Y es que, pese a todo, las ciudades ofrecían buenas condiciones para recuperar pronto la actividad económica y reorganizar con rapidez los mercados y las redes de aprovisionamiento. Además, su muralla servía de refugio frente a la violencia, y hasta de cordón sanitario y de vigilancia y aislamiento frente a las pestes. Por ello, la capacidad urbana para adaptarse a las nuevas y cambiantes realidades del período, y sobreponerse a los desastres, fue mayor que la de las áreas agropecuarias. Estas circunstancias, unidas a las alteraciones ya vistas que sufrió lo rural, aceleraron tendencialmente el éxodo poblacional hacia las ciudades y, por tanto, el proceso de urbanización de la sociedad europea.

Aunque las dificultades del cómputo demográfico son constantes, el balance cifrado en habitantes de todos los factores señalados ofrece algunos ejemplos estremecedores, que es posible que dependan también de otros elementos económicos y territoriales. Barcelona debió pasar de unos 40.000 pobladores hacia 1350 a menos de la mitad cien años después. Diversos núcleos franceses (París, Reims, Rouen, Lyon o Toulouse) perdieron la mitad o los dos tercios de sus moradores en el mismo camino del Trescientos al Cuatrocientos. De todas formas, a una escala más global, para las ciudades europeas parece también válido el esquema sintético que define una fase de retroceso y otra de recuperación demográficas, correspondientes normalmente al siglo XIV la primera y al XV (en especial desde 1450) la segunda. Este tipo de recorrido se aprecia bien en regiones como la Toscana, que mostraba un panorama urbano muy denso. Florencia cayó de 100.000 habitantes a inicios del XIV a 40.000 a comienzos del XV, para llegar a 60.000 a finales de esta última centuria. Y en los mismos tres momentos, Pisa tuvo respectivamente en torno a 40.000 personas, menos de 10.000 y más de 10.000, mientras que Pistoia contó con cerca de 10.000, unas 4.500 y poco más de 5.000. Por su parte, Flandes manifestaría una evolución similar a la toscana, si bien en los casos de Gante y Brujas la regeneración poblacional fue más rápida a causa de la importancia del trasvase humano desde zonas próximas.

En medio de semejantes progresiones, todo apunta a que la mayoría de las ciudades grandes del continente resistió mejor el vaivén demográfico, al concentrar múltiples acti-

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

vidades políticas, sociales y económicas. Este hecho permitió reforzar determinadas capitalidades regionales, y hasta suprarregionales, con el mantenimiento o la ampliación de los propios espacios físicos de las urbes beneficiadas y de sus radios de influencia territorial. El proceso se ligó al citado éxodo de población hacia las ciudades. Pero, más en general, y entre otros motivos, fue consecuencia de los movimientos migratorios de corto o medio radio que abundaban por todos lados en la Europa del período. Siempre en relación particular con lo urbano, tales movimientos originaron realidades legales y materiales reseñables: por ejemplo, la implantación de normas para atraer y controlar a nuevos habitantes, incluso con carácter selectivo; la creación de un derecho de ciudadanía, que contemplaba los requisitos para el avecindamiento de pobladores; y la concreción de mecanismos que favorecieran o no la inserción de los recién llegados en el núcleo de acogida. Además, junto a la intensidad del desplazamiento de gentes y de la redistribución del poblamiento, se produjeron también algunas evoluciones diferenciales entre ciudades relativamente cercanas, no causadas sólo por la demografía, que terminaron de configurar la situación urbana europea de la época.

Sin duda, una de las muestras más relevantes de todo esto se dio en el norte de Italia. Aquí, de 1300 a 1500, se consolidó una especie de “cuadrilátero desarrollado” constituido por Génova, Milán, Florencia y Venecia. Cada una de estas metrópolis logró hacerse con el liderato de sus respectivas regiones (Liguria, Lombardía, Toscana y Véneto), aunque fuera a costa de otras plazas más pequeñas que pudieron aspirar en su momento a encabezar dichos territorios o, al menos, a ostentar en ellos una posición de mayor proyección que la que acabaron teniendo, sobre todo en la Toscana (Pisa, Siena o Lucca). Aparte, en los Países Bajos, Amberes empezó a sustituir a Brujas en las postrimerías del siglo XV como gran emporio comercial y financiero de este ámbito, y como centro de captación demográfica y migratoria. Finalmente, en la península Ibérica, el crecimiento cuatrocentista de Lisboa, Sevilla y Valencia subraya el éxito de los ejes meridional y atlántico de la sociedad y la economía hispánicas y europeas. Un éxito que, en el caso de Valencia, se ha presentado tradicionalmente como una compensación de los problemas mayores que, dentro de la Corona de Aragón y del Mediterráneo occidental, tuvo Barcelona de manera simultánea.

Ninguna de estas reordenaciones bajomedievales del mapa ciudadano, sin embargo, alteró una realidad fundamental, ya indicada antes: que la Italia del centro-norte y la superficie entre el Sena y el Rin fueron entonces los espacios más urbanizados del continente, y los nudos internacionales básicos de las dos áreas que comandaban (la mediterránea y la noroccidental). Por debajo de este nivel superior, en cada uno de los territorios geopolíticos que cabe distinguir en ambas áreas, existía también una clasificación urbana interna que se ha diseñado historiográficamente de varias maneras, según las regiones: o enfatizando la división entre ciudades mayores, medianas y menores; o recalcando más la vinculación de lo urbano con lo rural a través de la sucesión jerárquica entre la ciudad (sede religiosa y/o

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

administrativa, y gran mercado conectado con circuitos euromediterráneos, con el resto de mercados del propio país y con las plazas rurales que la rodeaban), la villa (sede señorial o de la administración estatal, con mercado, que estaba ocupada por población de oficios diversos y que actuaba de nexo ineludible entre la ciudad y el campo), y la multitud de pueblos, lugares o aldeas situados en la zona de dominio de las villas (caracterizada por una cierta agrupación del hábitat y por la condición esencialmente campesina de sus vecinos).

En este entramado de jerarquías y de tipos de poblaciones, las vinculaciones e interdependencias eran innumerables y de signo muy variado. Así, es posible aceptar que las ciudades europeas de los siglos XIV y XV conformaban un sistema que, a modo de red de redes, organizaba las conexiones políticas, jurisdiccionales, sociales, económicas y humanas entre los distintos focos urbanos, y entre éstos y los rurales. En dicho sistema, lógicamente, las ciudades mayores ejercían labores dirigentes y de orientación del conjunto. Pero las urbes más pequeñas, mucho más abundantes en número global, aunque individualmente modestas en población y en irradiación de iniciativas, desempeñaban también un papel decisivo a la hora de vertebrar el territorio y las regiones en la etapa de cierre del Medievo.

5.2. La diversificación social de las ciudades y los factores de conflictividad interna.

En un libro ya antiguo, Norman Pounds valoraba en términos tanto demográficos como funcionales las diferencias que permitían graduar las ciudades medievales entre las más grandes y las más pequeñas. Siguiendo tales criterios, según se ascendía en el tamaño y la categoría de las urbes, disminuía por un lado la proporción de personas con dedicaciones agrarias, mientras aumentaba por el otro la de los operadores mercantiles y de servicios. La manufactura, por su parte, mantenía siempre una fuerte implantación, que podía oscilar del 50 % de la función urbana en las ciudades menores, al 30 % en las ciudades mayores.

Por muy esquemática que resulte la clasificación, esta propuesta reproduce bastante bien no sólo la pluralidad a escala europea del fenómeno urbano medieval en sí mismo, sino también la diversidad profesional que podía albergar cada ciudad. Una diversidad que se incrementaba en los escalafones más altos de la jerarquía de los núcleos poblacionales y que, combinada con cuestiones de privilegio jurídico, de nivel social y de rango económico, dibujaba sociedades urbanas en ocasiones muy complejas y con una ordenación interna que se establecía en torno a variables también diversas y entrecruzadas.

En la propia Baja Edad Media no faltaron los intentos de explicar cómo estaba organizada la sociedad en las ciudades. Por ejemplo, durante la segunda mitad del siglo XIV, el franciscano catalán Francesc Eiximenis concibió una célebre división tripartita en “manos” (la mayor, la mediana y la menor), que tuvo utilidad en la Corona de Aragón para plasmar las condiciones de articulación social de distintas ciudades e, incluso, para canalizar y con-

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

trolar las vías de representación política e institucional. Pese a algunas reinterpretaciones locales, en dicha división llegaban a integrarse los nobles urbanos, los ciudadanos, los mercaderes y los artesanos, éstos últimos separados muchas veces según el prestigio con el que contaba la labor desempeñada por cada uno. Por tanto, el catálogo de las tres "manos" se justificaba alrededor de nociones de actividad profesional, de riqueza económica y de honorabilidad o "calidad" pública de los individuos y los grupos urbanos.

En este conjunto social, y no sólo en Aragón, el artesanado constituía un componente primordial. La expansión de la manufactura y la diversificación de los oficios propiciaron que, ya en el XIII, los trabajadores de este sector fueran muy numerosos (a veces mayoritarios) en las ciudades europeas. Y tal circunstancia se afianzó aún más desde 1300, sobre todo en el terreno textil. Quizá, una primera característica a destacar de las industrias urbanas bajomedievales es el predominio en ellas de los pequeños talleres u obradores familiares, dirigidos por maestros artesanos, que solían agruparse en determinadas calles o barrios si ejecutaban una misma tarea. Probablemente, esta concentración espacial simbolizaba en el aspecto material la adquisición de una cierta conciencia de grupo dentro del artesanado. Ésta culminó con el desarrollo de procesos asociativos que buscaban la unidad y la protección solidaria de cada medio laboral, dada la existencia de intereses comunes.

Sin duda, las corporaciones de oficio (que reunían a los menestrales de una misma actividad para regular su ejercicio profesional) y las cofradías (que hacían lo mismo, aunque con operarios de varios sectores y teniendo fines asistenciales, caritativos y religiosos) representaron la máxima expresión de la citada tendencia asociativa. Si ambos organismos parecen ya maduros en el norte italiano y en Flandes antes de 1350, en el resto de países proliferaron sólo a partir de entonces. En todos los casos, y aunque fuera con matices territoriales, las corporaciones y las cofradías sirvieron de instrumentos de solidaridad y de organización internas de cada oficio, de intervención del artesanado en las instituciones municipales y estatales y, a través de ello, de implantación de políticas proteccionistas de la producción propia. En pocas ocasiones, sin embargo, se alcanzó el estadio de unas asociaciones gremializadas que, al modo de la Edad Moderna, desplegaban rígidos controles de la mano de obra y de sus jerarquías en beneficio de los ámbitos dominantes del mundo laboral. Por el contrario, frente al trabajo encorsetado por duras regulaciones, todavía hasta 1500 las corporaciones se mostraron normalmente abiertas en su composición, aparte de que siguió existiendo un número muy elevado de artesanos fuera de dichas entidades.

En este contexto, lo que sí se consolidó fueron dos cosas, de nuevo en especial en la industria textil: la fragmentación del proceso productivo en múltiples fases, que solían generar a su vez oficios distintos (tejedores, tintoreros, etc.), vinculados entre sí a través de la cadena de elaboración, aunque en posiciones profesionales y socioeconómicas no necesariamente igualitarias; y la división de cada grupo artesanal entre los maestros (que eran, en

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

principio, los propietarios de los medios de producción y los promotores del trabajo de los talleres), los oficiales asalariados (que podían caer en la pobreza, según como evolucionaran las curvas de precios y salarios) y los aprendices (mano de obra barata en formación). Ambos elementos subrayan la enorme diversidad interna del artesanado urbano, pero también explican que este mismo artesanado no viviera siempre en paz y armonía.

Además de los hechos bajomedievales que agitaban en general a la sociedad, hubo una conflictividad casi estructural que enfrentó, por ejemplo, a los maestros y a los asalariados, o a los miembros de oficios diferentes que se relacionaban por lazos laborales de dominio o dependencia. Incluso, de manera creciente a lo largo del siglo XV, la situación de muchos maestros empeoró, impulsándoles a caer en el descontento social. Éstos eran el vértice de la jerarquía artesanal y, a veces, llegaban a componer una especie de "aristocracia del trabajo". Sin embargo, la penetración del capital comercial en la esfera productiva, sobre todo en los obradores de los grandes centros pañeros europeos, provocó que algunos de ellos quedaran sometidos a mercaderes-empresarios. Los maestros afectados perdieron así autonomía de gestión y de iniciativa económica, lo que incrementó las tensiones.

Ahora bien: si la heterogeneidad marcaba la imagen del grupo manufacturero, no menos lo hacía en la órbita comercial que acaba de reseñarse. De entrada, debería efectuarse al respecto una primera distinción entre la gente que acudían al mercado de forma no especializada, actuando en él como compradores o vendedores de artículos para el abastecimiento alimentario, doméstico e industrial, y los operadores que eran auténticos profesionales del intercambio. Pero, entre éstos últimos, la posición ocupada por los pequeños tratantes y los tenderos de las ciudades tampoco era igual a la de los grandes mercaderes que concertaban numerosas inversiones, incluso a nivel internacional.

Evidentemente, a la hora de separar grandes y pequeños mercaderes, no hay que olvidar la dimensión territorial: como norma, el nivel económico y el radio geográfico de los tráficos de los comerciantes asentados en las urbes medianas y menores acostumbraban a ser bastante discretos, en comparación con los de aquellos que vivían en las mayores metrópolis europeas y mediterráneas, donde era más fácil construir fortunas mercantiles imponentes. No obstante, con el ajuste de escalas que corresponda, por todas partes el gran mercader podía ser a la vez gestor de rentas señoriales y eclesiásticas, recaudador de impuestos estatales, prestamista, comerciante solo y en empresas, inversor en bienes inmuebles y en derechos feudales y públicos, banquero y protagonista de actuaciones navales. Es decir: frente a la tradicional concepción meramente "intercambista" del quehacer comercial, las carreras de los mayores operadores del continente los muestran como verdaderos hombres de negocios, interesados en cualquier oportunidad de generar ganancias.

Los instrumentos técnicos y asociativos que usaban los mercaderes variaban en función de su categoría socioprofesional y del alcance de sus tratos. La mayoría trabajaba indi-

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

vidualmente, o mediante sociedades de tamaño modesto, capital limitado y objetivos económicos muy circunscritos, según se ha estudiado bien en enclaves como Génova, Venecia, Toulouse, Barcelona o Valencia. De manera excepcional, sin embargo, aparecen en la Baja Edad Media grandes compañías mercantiles de ámbito internacional. Partiendo de una base familiar, éstas solían durar mucho tiempo y disponían de gran cantidad de capitales, conseguidos a través de la participación de socios ajenos a la parentela original. La complejidad de la estructura patrimonial de estos organismos era paralela a la división de sus sedes entre principales y secundarias, a la jerarquización de funciones laborales entre sus numerosos empleados, y a la enorme extensión geográfica y sectorial de sus negocios. Los modelos típicos de esta clase de empresas se han documentado en Florencia (los Bardi, los Peruzzi y los Acciaiuoli en el XIV, o los Strozzi y los Medici en el XV). Pero también se han detectado ejemplos similares en Milán, en Génova y en el sur de Alemania.

En cualquier caso, muchos de los mercaderes a los que se ha aludido –particularmente en sus estratos medios y altos– formaban parte de una cierta burguesía ciudadana, donde podían integrarse asimismo los maestros artesanos y otros grupos de raíz netamente urbana. Con ritmos acelerados desde 1300, los burgueses de posición más alta aspiraron a apoderarse de los resortes políticos y económicos de las ciudades. Un intento en el que se vieron acompañados por los nobles que, siendo herederos de la aristocracia feudal y basando su influencia en las posesiones inmuebles y en las rentas, habían trasplantado su ubicación (y parte de sus intereses) al mundo urbano. Burgueses y nobles diferían, por tanto, por sus orígenes sociales, pero acabaron coincidiendo en una misma finalidad: controlar la ciudad. Por eso es lícito conceptuarlos como miembros de las élites urbanas. Con modalidades y con estrategias matizadas según los países, estas élites tendieron a ennoblecerse (si es que no pertenecían ya a la aristocracia) y a monopolizar el ejercicio de los cargos públicos municipales, convirtiéndose así en la oligarquía dominante de las ciudades.

A su lado habría que considerar a los miembros de la iglesia: aparte de que todos los eclesiásticos gozaban de un estatus privilegiado, el alto clero urbano (reunido frecuentemente en torno a las catedrales) administraba también un patrimonio muy sustancioso. Ya por debajo de los segmentos superiores de la sociedad ciudadana, se encontraban los grupos que pueden calificarse como “medios” y que englobarían, por ejemplo, a muchos artesanos, a los operadores mercantiles de menor relieve, a los hombres de leyes, y a los servidores y funcionarios de la nobleza y las administraciones. Pero también se hallaba el conglomerado mayoritario de las capas sociales más bajas, que incorporaba desde la gente menuda o del “común” integrada en el vecindario habitual, hasta los sectores muy empobrecidos o marginados social, económica e, incluso, religiosamente (como sucedió con los judíos en toda Europa y con los mudéjares en la España cristiana). Pese a que los municipios y la iglesia mantuvieron instituciones y mecanismos de asistencia social (hospitales, cofrad-

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

ías, limosnas, acciones caritativas, etc.), la definición de esta extensa masa de población inferior urbana fue el caldo de cultivo constante de tensiones que, al igual que en el mundo rural, desembocaron muchas veces en una conflictividad más o menos latente.

Antes, al hablar del artesanado, se han subrayado dos elementos que impulsaban dicha conflictividad en las ciudades: los problemas generales de la Baja Edad Media, y las relaciones laborales articuladas específicamente en los núcleos urbanos. Por descontado, la pobreza y la exclusión eran también, en sí mismas, potentes factores de inquietud social. Aparte, el control del poder promovió numerosas luchas, en las que se vieron envueltos tanto los pequeños como los grandes de la sociedad ciudadana de la época. Éstas eran internas, aunque podían tener en paralelo una vertiente externa si afectaban a otras instancias políticas medievales (los reyes o los señores feudales). Su desarrollo se justificaba por el intento de acceder a las instituciones de grupos que estaban alejados de ellas: es lo que ocurre con los artesanos de los Países Bajos, Alemania y el norte de Italia, sobre todo hasta la mitad del Trescientos. Pero los enfrentamientos por el poder también buscaban asegurar la alternancia o la sustitución en el gobierno urbano de sus diferentes élites oligárquicas, aliadas normalmente alrededor de linajes o bandos, como en la Castilla del XIV y el XV.

En definitiva, de nuevo como en el ámbito rural, las variables que alentaron entonces las revueltas en las ciudades eran múltiples, como también fue múltiple la concreción aquí de las disensiones. Como siempre, las pugnas más llamativas son las que derivaron en tumultos abiertos y, en ocasiones, violentos. En este capítulo entrarían, en los reinos hispánicos, las tensiones reiteradas con las minorías judía y judeoconversa (donde lo religioso encubría y acompañaba a otros factores de discrepancia social, económica o política), y el conflicto entre la *biga* y la *busca* de Barcelona a mediados del Cuatrocientos (que materializó la lucha entre la oligarquía tradicional y los grupos de mercaderes y artesanos que aspiraban al poder). Mientras, en el resto de Europa, sobresalen la revuelta parisina de 1357-1358 dirigida por Etienne Marcel, preboste de los mercaderes, que tuvo tintes militares, fiscales y políticos y acabó vinculándose a la coetánea *jacquerie* campesina; el levantamiento *ciompi* de Florencia de 1378, protagonizado por los artesanos no especializados y de condición humilde; y las sublevaciones de Flandes, Normandía y París de 1379-1382, en las que se mezclaron coyunturas negativas con divergencias estructurales de orden social y político.

5.3. De la producción manufacturera al comercio.

En términos económicos, como se puede colegir de muchas de las cosas dichas, la ciudad de finales del Medievo fue un lugar privilegiado para el desarrollo de la manufactura y para el auge del movimiento comercial. En ambos terrenos, las bases de funcionamiento puestas antes de 1300 continuaron siendo válidas en bastantes casos. Pero las modificacio-

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

nes introducidas tras esa fecha fueron muy significativas y, a veces, encaminaron a la industria y al mercado del continente por la senda de características que sólo se consolidaron a partir de los tiempos modernos. Incluso, sobre todo para el gran comercio y las finanzas internacionales, existen autores que retratan a los siglos XIV y XV como el período de inicio (o de plena plasmación ya) de un cierto "capitalismo mercantil".

Las novedades que supuso la época para los dos sectores abordados en este punto fueron variadas y complejas, en las formas y en los espacios. Sin embargo, en síntesis, pueden resumirse señalando que ahora se concretó la expansión y la diversificación indiscutibles de ambas actividades; el perfeccionamiento de los métodos y las técnicas de producción e intercambio; y la dispersión de los focos de actuación, que se acompañó de la mayor y mejor integración entre los distintos ámbitos en que se organizaban la industria y el comercio del momento, desde la perspectivas tanto territorial (local, regional e internacional) como sectorial (niveles de trabajo y abastecimiento doméstico, artesanal y suntuario).

Las transformaciones que impuso la crisis bajomedieval sobre los patrones sociales de demanda y consumo, y sobre el poder adquisitivo de los europeos, no resultaron ajenas a las novedades que acaban de mencionarse. Y todo ello, a pesar de que la concentración de dificultades y desastres en las décadas centrales del siglo XIV pudo, a la corta, perturbar el despliegue de las operaciones económicas y contraer su volumen global.

En el caso de la industria, la multiplicación de los oficios y la adaptación de mejoras tecnológicas corrieron paralelas al progresivo aumento de las inversiones de capital y a la intensidad creciente de las interacciones entre producción, demanda y comercio. Sin duda, el enorme abanico de profesiones definido entonces, su diversa proyección, y la diferente magnitud que alcanzaba la manufactura según el tamaño y la condición de la ciudad donde estuviera emplazada, provocaron una aplicación muy desigual de tales características. Así, éstas fueron más o menos evidentes en artesanías tradicionales como la metalurgia, la orfebrería, el vidrio, la cerámica o la peletería. También dejaron su impronta en labores de reciente impulso (la fabricación de papel o, desde mediados del XV, la impresión de libros), y en otros quehaceres de gran dimensión que llegaron a disponer de fuentes de financiación estatales y municipales: la producción para la guerra, la edificación de estructuras civiles y militares y, en especial, la construcción naval, donde fueron apareciendo astilleros (Venecia, Génova, Barcelona, Sevilla, Lübeck, etc.) que empleaban a veces a cientos de personas, organizadas casi como si estuvieran en factorías industriales. No obstante, el textil seguía siendo la ocupación que reflejaba mejor las circunstancias de la etapa, por su mayor extensión geográfica y por su alta repercusión en los contextos domésticos y de circulación.

Acerca de esta actividad, y descontando la producción de autoconsumo de los hogares y la posible implantación en el medio rural de parte del ciclo de elaboración, cabe indicar de entrada que su evolución vino marcada por un doble fenómeno: el mantenimiento del

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

predominio de la industria lanera, que era de primera necesidad y se dirigía a una clientela muy amplia; y el crecimiento de los sectores vinculados a las fibras de origen vegetal. En este último caso, el desarrollo del trabajo sobre el cáñamo, el lino o el algodón vendría motivado por el incremento de la demanda de telas ligeras y de calidad media. Por el contrario, la propagación de la sedería, además de implicar el asentamiento en Occidente de una industria que hasta ahora se había instalado básicamente en Oriente, se realizó en principio para atender el deseo de lujo de las capas más elevadas de la sociedad europea.

La difusión del molino batanero, del torno de hilar y de otros aparejos, el control de los procedimientos para obtener el hilo de seda y prepararlo para su tejido, y la mejora de los tintes y de sus mecanismos de uso, propiciaron la ampliación paulatina del panorama de calidades y tipologías de los paños. Pero esto fue facilitado también por los cambios ocurridos en la distribución de los núcleos productores, particularmente los ligados a vías mercantiles de radio medio y largo. Y es que la hegemonía que las ciudades flamencas habían conservado hasta finales del XIII en el tema textil, gracias sobre todo a la producción y el comercio de pañería pesada y de precio alto, fue rota después a causa de la propia decadencia interna de esta manufactura y de la competencia que sufrió desde el exterior.

De hecho, durante la primera mitad del Trescientos comenzó una tendencia hacia el crecimiento y la proliferación a escala continental de los centros textiles. Algunos de ellos exhibieron una decidida voluntad de proyección regional y/o internacional, aunque todos acabaron confeccionando tejidos más adaptados a las nuevas orientaciones del consumo. Éstas preservaban la necesidad de fabricar telas caras y de lujo, pero apuntaban al éxito de una pañería más corriente y barata. El mismo Flandes se vio obligado a reconvertir sus industrias en esta línea. Sin embargo, hasta 1500, el verdadero protagonismo al respecto fue asumido por otros territorios. Ante todo, por Inglaterra (con las ropas ligeras de Londres, Bristol, Winchester o Salisbury) y el norte de Italia (con Florencia y su *arte della lana*, Milán y sus productos de lana y algodón, o Lucca y su seda). Pero también en Alemania se extendió la pañería por Constanza, Augsburgo y Ratisbona; en Castilla por múltiples ciudades y villas de su interior durante el XV (Zamora, Segovia, Cuenca o Córdoba, por ejemplo); y en la Corona de Aragón por sus espacios ibéricos, en relación con la provisión rural y urbana y con el abastecimiento de los mercados mediterráneos pertenecientes a la propia corona.

Lógicamente, todo este desarrollo favoreció la gran presencia del textil en los canales euromediterráneos de comercio. Esto afectó tanto a los artículos acabados, que circularon en innumerables direcciones, como a las materias primas que precisaba la manufactura, en especial la lana (con el papel destacado, primero, de las exportaciones inglesas y, más tarde, de las españolas) y los tintes (en los que sobresalió el tráfico de las producciones occidentales de pastel). No obstante, la importancia de estas corrientes mercantiles no debe ocultar ni que el transporte de alimentos (como los cereales) seguía siendo entonces otro de

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

los comercios más fuertes, ni que todo esto tenía lugar en un marco –lo repetimos– que estaba conduciendo a la larga a la expansión y la diversificación de los intercambios.

Según sabemos, como tendencia estructural del Bajo Medievo, el comportamiento de los consumidores dejó más margen para comprar productos no cerealistas. Por ello, las rutas mercantiles se fueron llenando de una cantidad ingente y variada de tejidos y pieles, de objetos para la casa, de otras muchas manufacturas, de carnes y lácteos, y de vituallas exóticas o de calidad como vino, aceite, frutos secos y azúcar. En este "imperio de las cosas", según la expresión de Richard Goldthwaite, se efectuó al final una mejor integración del acarreo de productos ricos y lujosos con el de materias de menor valor y prestigio, pero que gozaron de una demanda muy sólida en los pueblos y las ciudades de Europa.

Algunos adelantos técnicos contribuyeron al reforzamiento de estas características. En el terreno de los transportes, por ejemplo, tras el impulso a los medios náuticos de la Plena Edad Media, las embarcaciones siguieron su evolución desde el XIV, con la posibilidad de trabajar con tonelajes mayores y de utilizar barcos menores para atender las necesidades de las diferentes jerarquías del comercio. En la construcción y la explotación de las naves se introdujeron elementos de división de riesgos, de aseguración del tráfico y de discriminación en el precio de los fletes. Todo ello permitió rebajar los costes de transacción, facilitar la circulación de grandes sumas de artículos, y consolidar la preferencia del gran comercio de la época por los itinerarios marítimos frente a los terrestres.

Parte de estos progresos serían buenas demostraciones de la capacidad de los mercaderes de innovar y de pulir sus métodos de negocio y gestión. En esa misma línea irían las mejoras en las formas de asociación de capital y trabajo, en la tipología de los contratos, en las redes de información, en la administración y la contabilidad de las compañías, o en los instrumentos de financiación del intercambio, que conectaban directamente con el régimen monetario, con la banca y con el crédito. Estos logros enlazaban la "revolución comercial" de los siglos anteriores con el avance de las posiciones del mercado entre 1300 y 1500. No obstante, su difusión, aun siendo grande, se concentró más en los negociadores de determinados lugares (como los italianos) y, asimismo, en los mercaderes europeos medianos y mayores que intervenían a nivel local, si bien eran los constructores fundamentales de los contextos regionales e internacionales del sistema de relaciones económicas.

Dentro de dicho sistema, resalta ahora la proliferación de mercados locales y regionales y el empuje del comercio interior terrestre. En las costas mediterráneas parece claro que, desde 1350, tuvo lugar la intensificación de los tratos de media y breve distancia. Pero el proceso fue más general en el continente, y se vinculó a la constante creación y renovación de ferias y mercados, a la regionalización de la economía, y al acceso de los sectores campesinos y humildes a las dinámicas mercantiles. Además, la expansión de lo local y lo regional debió ayudar a componer un cuadro positivo para el comercio internacional maríti-

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

mo. Y es que todos los circuitos comerciales establecieron entre sí múltiples interacciones, con lo que el crecimiento de unos no tuvo necesariamente que perjudicar a los otros.

Justo el desarrollo de los ámbitos del tráfico que se encontraban por debajo de lo internacional es un síntoma de las modificaciones que venía experimentando también la geografía de los intercambios. Modificaciones que tuvieron un mayor alcance, sobre todo por lo que se refiere a los grandes centros dominantes del comercio. Sin duda, el eje de más peso en la economía hasta el siglo XIII fue el constituido, de oeste a este, por Inglaterra, Flandes, el norte de Francia, las ferias de Champaña, Italia y el Oriente mediterráneo. La apertura del estrecho de Gibraltar para la navegación cristiana en la década de 1270 comenzó a cuestionar ya la significación absorbente de tal eje. De hecho, junto a otros factores, ello permitió acentuar la orientación meridional y atlántica de la economía europea, aparte de afianzar la importancia de las comunicaciones marítimas. Sobre esta base, la evolución desde 1300 (y todavía más desde 1350) fortaleció dichas tendencias y, además, puso en marcha nuevos o renovados circuitos mercantiles, situados a ambos lados del eje principal citado.

En particular, este desplazamiento de las vías negociadoras internacionales benefició a cuatro espacios: el de la Hansa germana desde el XIV (agrupación comercial de ciudades del norte europeo), el de las ferias de Ginebra hasta 1460, el más tardío (desde 1470) de las ferias de Lyon, y el de la península Ibérica durante toda la Baja Edad Media. La combinación de estos emporios de éxito reciente con los polos más tradicionales, especialmente Flandes e Italia, convirtió a Europa occidental en la estrella absoluta de los intercambios interiores y exteriores del entorno mediterráneo, frente a la antigua competencia que suponía tener que compartir el protagonismo mercantil con Oriente.

Sin embargo, la realidad europea, lejos de mostrarse uniforme, parece figurar escindida en estos instantes en dos grandes zonas de influencia no aisladas entre sí, pero tampoco estrechamente integradas: la mediterránea-occidental-atlántica, dominada por operadores italianos e ibéricos, que fue el baluarte de la expansión ultramarina de Occidente; y la de la Europa central y transalpina, más volcada en principio hacia el este europeo. En hipótesis, sólo el impacto de los productos oceánicos y de las rutas hacia América y Asia tuvo la suficiente fuerza como para perturbar posteriormente este diseño. Pero hoy se sabe que los efectos económicos de los descubrimientos geográficos deben retrasarse en muchos casos hasta finales del siglo XVI, esto es, muy lejos del límite cronológico del período medieval.

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

6. Bibliografía.

6.1. Manuales y obras generales de historia medieval europea.

Blockmans, W. – Hoppenbrouwers, P. (2007): *Introduction to Medieval Europe, 300-1550*, Londres y Nueva York, Routledge.

Claramunt, S. *et al.* (1997): *Historia de la Edad Media*, Barcelona, Ed. Ariel.

Contamine, Ph. *et al.* (2000): *La economía medieval*, Madrid, Ed. Akal.

Cuvillier, J.P. (1998): *Histoire de l'Europe occidentale au Moyen Âge (IVe siècle – début du XVIe siècle)*, París, Ellipses.

García de Cortázar, J.Á. – Sesma Muñoz, J.Á. (1997): *Historia de la Edad Media. Una síntesis interpretativa*, Madrid, Alianza Ed.

Ladero Quesada, M.Á. (1994): *Historia Universal. Edad Media*, Barcelona, Ed. Vicens-Vives.

Mitre, E. (1995): *Historia de la Edad Media en Occidente*, Madrid, Ed. Cátedra.

Pounds, N.J.G. (1981): *Historia económica de la Europa medieval*, Barcelona, Ed. Crítica.

Ruiz Gómez, F. (1998): *Introducción a la historia medieval. Epistemología, metodología y síntesis*, Madrid, Ed. Síntesis.

Tangheroni, M. (1996): *Commercio e navigazione nel Medioevo*, Roma y Bari, Ed. Laterza.

Vincent, C. (2001): *Breve historia del Occidente medieval*, Madrid, Alianza Ed.

6.2. Trabajos específicos sobre la Europa bajomedieval, con particular referencia a los aspectos sociales y económicos.

Autores varios (1995): *"Europa en los umbrales de la crisis (1250-1350)". XXI Semana de Estudios Medievales de Estella*, Pamplona, Gobierno de Navarra.

Autores varios (2007): «La crisis del siglo XIV en los Reinos Hispánicos», dossier monográfico de la revista *Edad Media. Revista de Historia*, núm. 8, Valladolid, Universidad de Valladolid, pp. 35-328.

Bois, G. (2001): *La gran depresión medieval: Siglos XIV-XV. El precedente de una crisis sistémica*, Madrid y Valencia, Ed. Biblioteca Nueva y Universidad de Valencia.

Epstein, S.R., ed. (2000): *Town and country in Europe, 1300-1800*, Cambridge, Cambridge University Press.

Fossier, R. (1988): *La Edad Media*, vol. 3: *El tiempo de las crisis, 1250-1520*, Barcelona, Ed. Crítica.

Heers, J. (1968): *Occidente durante los siglos XIV y XV. Aspectos económicos y sociales*, Barcelona, Ed. Labor.

Heers, J. (1992): *Les temps dits de transition (de 1300 a 1520)*, París, Mentha.

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

Hilton, R. (1988): *Conflicto de clases y crisis del feudalismo*, Barcelona, Ed. Crítica.

Iglesia Duarte, J.I. de la, coord. (2004): *"Conflictos sociales, políticos e intelectuales en la España de los siglos XIV y XV". XIV Semana de Estudios Medievales (Nájera, 2003)*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos.

Oliva Ferrer, H.R. – Benito i Monclús, P., eds. (2007): *Crisis de subsistencia y crisis agrarias en la Edad Media*, Sevilla, Universidad de Sevilla.

Seibt, F. – Eberhard, W., eds. (1993): *Europa 1400. La crisis de la Baja Edad Media*, Barcelona, Ed. Crítica.

Wolff, Ph. (1986): *Automne du Moyen Age ou printemps des temps nouveaux: l'économie européenne aux XIV et XV siècles*, París, Aubier.

* * * *

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

Ilustraciones

Mapa 1: La expansión de la "peste negra" en Europa
(Fuente: Enciclopedia on-line Kalipedia, Grupo Prisa:
http://www.kalipedia.com/historia-universal/tema/edad-media/crisis-economica-demografica.html?x=20070717klphisuni_148.Kes)

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM

Mapa 2: El comercio europeo en la Baja Edad Media (siglos XIV-XV)
(Fuente: Claramunt, S. *et al.* (2000): *Atlas de historia universal*, tomo I:
De los orígenes a las crisis del siglo XVII, Barcelona, Ed. Planeta, p. 229)

© 2009, E-EXCELLENCE – WWW.LICEUS.COM